

EL PORVENIR DEL OBRERO

Antimilitarismo y Revolución

Por la nota publicada en nuestro penúltimo número (de *Les Temps Nouveaux*) y por la carta dirigida al *Temps*, conocemos ahora, de una manera muy clara, la opinión de Kropotkine sobre el antimilitarismo y la revolución.

De esta opinión participan algunos compañeros y le han sostenido con aspereza en el curso de discusiones recientes. Uno de ellos ha llegado á decirnos: «si rehusáis hacer la guerra, si predicáis la huelga de soldados, es porque tenéis miedo de batiros». No esperábamos oír argumentos de este orden de boca de un compañero. Nunca hemos dicho que no haya ningún valor en hacerse agujerear la piel aunque sea por una idea estúpida. Pero nos parece, en cambio, que para hacer propaganda antimilitarista como nosotros la entendemos, es decir, para atacar de frente y sin restricciones el último amparo de la seguridad burguesa; hace falta también y desde ahora un cierto valor. Quizá no está lejos el día en que se necesitará mucho más.

No concedo á esa salida de tono más importancia de la que tiene. Si la he recordado es solamente para mostrar hasta que punto se ha hecho necesario que discutamos á fondo, metódica y minuciosamente, esta cuestión del militarismo en sus relaciones con la revolución.

Quiero, por mi parte, comenzar hoy á exponer las reflexiones que me han sugerido la nota y la carta de nuestro amigo. (1)

Kropotkine escribe:

«Si la Francia es invadida por alguna potencia militar, el deber de los revolucionarios no es cruzarse de brazos y dejar carta blanca al invasor, sino *comenzar la revolución social y defender el territorio de la revolución para continuarla*. La fórmula «huelga de soldados» no dice bastante. Tiene el inconveniente de callar sobre el fin esencial de la propaganda y da lugar á falsas interpretaciones. Nada dice sobre la revolución ni sobre la necesidad en que se verán los revolucionarios de defender con las armas en la mano cada pulgada del territorio francés que se pondrá en revolución, contra las hordas burguesas é imperialistas de los invasores alemanes, ingleses y tal vez rusos.»

Y añade en su carta al *Temps*:

«Pero si los alemanes vienen á invadir la Francia, al frente, como lo harán sin duda, de una coalición poderosa y forzando á los pequeños Estados limítrofes (Bélgica, Suiza) entonces *la huelga de soldados no bastará*. Será preciso obrar como los sans-

culottes de 1792, cuando constituyeron en sus secciones la Comuna revolucionaria del 10 de agosto, derribaron la realeza y la aristocracia, levantaron el impuesto forzoso sobre los ricos, forzaron á la Legislativa á dar los primeros decretos efectivos para la abolición de los derechos feudales y la restitución á los campesinos de las tierras comunales y *marcharon á defender el suelo de la Francia continuando la revolución*. Lo mismo intentaron Bakunine y sus amigos en Lyon y Marseille en 1871.

«El solo dique eficaz para oponer á una invasión alemana será la guerra popular, la Revolución. Esto es lo que hay que prever y decir abiertamente desde hoy.»

Esta solución, digámoslo enseguida, está presentada para seducir. Desde luego, porque es una conciliación. Aproxima dos cosas que se rechazan cada vez más: la revolución por una parte, la defensa nacional por otra. Es, además, generosa, caballeresca. Derrochándose como siempre, sin contar, el pueblo basta á todo, asume todas las tareas, la suya propia y la que los dirigentes son incapaces de llevar á buen término. El pueblo hace la revolución para poder defender el suelo de la patria en lugar de los incapaces y de los traidores. Defiende el territorio para proteger la revolución contra las hordas reaccionarias que quieren destruirla.

**

Miremos las cosas más de cerca y veremos que todo esto no reposa sobre nada sólido. Una doble serie de hipótesis sobre la guerra y la revolución, y de hipótesis más que nada arriesgadas, he aquí en realidad lo que nos propone Kropotkine. Pues bien, nosotros pensamos que esto no es bastante.

Parece que Kropotkine no duda un sólo instante que la Francia tenga bien pronto que defenderse contra las «hordas burguesas é imperialistas de invasores alemanes, ingleses y tal vez rusos». Lo que prevé es casi una guerra de principios, es la reacción europea «dispuesta á lanzar sus rebaños obedientes contra la nación que tuvo su 1793, 1848 y 1871 y que prepara una nueva revolución, «la social». De una tal guerra, la revolución, en efecto, podría quizá salir. Pero hay otras guerras, infinitamente más probables, á propósito de las cuales no sería fácil desencadenar el entusiasmo popular. Hay guerras de apetitos, de intereses capitalistas. Y estos apetitos capitalistas existen en Francia, como en todas partes. Hay hordas burguesas y nacionalistas francesas que pueden también representar el papel de invasores. No sería quizá entonces muy fácil hacer coincidir la guerra y la revolución...

Haremos la revolución.

Pero ¿que revolución podemos y debemos hacer?

Es siempre fácil decir «la revolución». Lo es mucho menos poner algo positivo en el lugar de estas sílabas.

Todos tenemos tendencia á vestir al porvenir á la moda del pasado. Esto es, me parece, lo que hace aquí Kropotkine. Nos propone como ejemplo los sans-culottes de 1792. Pero estamos en 1905. Y, en Francia sobre todo, las cosas han marchado desde hace un siglo. Es raro que la historia se repita á tan largo intervalo en el mismo país. Es muy de creer que no tendremos que comenzar de nuevo los hazañas de nuestros padres.

Que se prepara una transformación social, ante todo económica, en Francia más que en otras partes, no puede dudarse. Pero esta revolución ¿querrá entrar en las formas consagradas por las revoluciones del pasado? ¿Formará un bloc cuya fortuna estará ligada á la suerte de la nación? O bien ¿revestirá formas nuevas, imprevistas y que serán tal vez su mejor salvaguardia contra las empresas reaccionarias, tanto del exterior como de dentro?

A los revolucionarios de hoy conviene preguntar lo que será la revolución de mañana. Pues bien, es visible que los hombres en quienes se ha refugiado la energía revolucionaria están todos, en Francia al menos, imbuídos de lo que se podría llamar «espíritu obrero» y atraídos á la táctica obrera. Kropotkine lo sabe y lo celebra como nosotros. Todos ponen su confianza y su energía en la lucha diaria del trabajador como tal trabajador contra el patrono como tal patrono: lucha económica y en cierto modo profesional. Es en el taller, en la fábrica, en los campos, que cuentan hacer la revolución. Lo que ante todo entienden por ella es una liberación y una organización del trabajo. Su nueva agrupación revolucionaria, el sindicato (sociedad de resistencia), es una agrupación de trabajo. Así pues, todo esto encuadra muy mal á primera vista con el nacionalismo revolucionario, el cual parece que no concuerda sino con la revolución tradicional, clásica, en una palabra, la revolución política, aquella cuyo tipo consagrado por la historia nos persigue sin que logremos sustraernos.

**

Kropotkine nos pide que seamos al mismo tiempo revolucionarios antimilitaristas y nacionalistas revolucionarios. ¿Cómo no se da cuenta de que tal actitud es prácticamente insostenible?

Entrando en la vía de las concesiones y de los distinguos, la propaganda antimilitarista que se realiza hoy día en los ambientes obreros franceses perdería todo su empuje y toda su claridad. Ya no penetraría más. Abierto el flanco á las confusiones deseadas

(1) Publicadas en los números 233 y 234 de EL PORVENIR DEL OBRERO.

por los adversarios, detenida á cada instante por las discusiones capciosas, acabaría por perder la confianza en sí misma.

Mirando las cosas como quisiera Kropotkine, surge una primera dificultad de que nos es casi imposible salir. Si prevéis, *desde ahora*, la necesidad de defender la Francia revolucionaria contra el extranjero—se nos dice—¿por qué no colaborar *desde ahora* en esta defensa, y por qué arriesgar debilitarla por vuestra propaganda?

Kropotkine responde; nunca el ejército regular ha salvado nada, ni ha defendido nada. Así pues, no comprometemos nada. Sólo el pueblo en armas, el pueblo sublevado, es capaz de rechazar al extranjero. El solo dique á oponer á una invasión alemana será la guerra popular, la revolución.

Todavía la hipótesis rodeada de sentimiento. Porque ante los terribles medios de la guerra moderna ya no tenemos el derecho de afirmar que los batallones de francotiradores y garibaldinos serán siempre los más fuertes. Ya no se improvisa la defensa nacional como cuando los instrumentos de guerra más mortíferos consistían en algunos malos cañones.

En todo caso, nuestro antimilitarismo estaría á merced de una discusión más ó menos feliz sobre el mejor sistema de defensa. Y no queremos esto.

Hay que aceptar la guerra con todas sus consecuencias, ó atreverse á mirar de frente la idea de la derrota. Porque no hay, en realidad, conciliación posible. O bien el militarismo con sus cargas, sus jerarquías y sus servidumbres—es decir, lo que el verdadero socialista y el verdadero anarquista no pueden aceptar—esta defensa nacional admitida en bloc por los Jaurés y los Clemenceau como una *cruel pero santa necesidad*, ó bien el antimilitarismo obrero, el antimilitarismo limpio y claro, sin escrúpulos, restricciones ni concesiones, con una sola fórmula respondiendo á todo: huelga de soldados y venga lo que venga!

Por nuestra parte ya está hecha la elección. Sí, huelga de soldados y venga lo que venga! He aquí nuestra fórmula, porque es la única clara, la única lógica y la única conforme con nuestro ideal anarquista y con nuestro método revolucionario. Es además la única solución práctica de los conflictos que se ppeparen. Suponiendo que seamos vencedores de las hordas reaccionarias con que nos amenazáis ¿cómo resistiremos luego á esa reacción europea que sólo pensará en tomar su revancha? ¿Será necesario de nuevo protegernos con un militarismo tan feroz como el nuestro, ó guerrear—¿cuánto tiempo?— para llevar la revolución al resto del mundo? Esto será, pues, siempre la guerra y todo lo que la sigue.

No, Kropotkine, no, cien veces no. El verdadero, el único medio de proteger la Francia revolucionaria es inducir á nuestros hermanos, los trabajadores extranjeros, á bajar las armas cuando se las quiera dirigir contra los pechos franceses. Y para esto el verdadero, el único medio es darles el ejemplo y suceda lo que suceda.

Dejémonos fusilar por los burgueses franceses antes que ASESINAR EN NOMBRE DE LA REVOLUCIÓN á nuestros hermanos alemanes, ingleses ó rusos.

Así trabajaremos por la revolución mejor que jugando á los soldados, porque trabajaremos así, seguramente, con nuestro ejemplo, por la paz entre los hombres, sin la cual ya no puede haber hoy revolución profunda ni duradera.

CHARLES ALBERT

(Continuará.)

Todas las sociedades obreras deben secundar el acuerdo de los sindicatos franceses de establecer la jornada de ocho horas desde el 1.º de Mayo de 1906.

Servets y Galileos

Que un mercader en telas manifieste estultamente que el comercio es la palanca del mundo y que por ser tal precisa que quede entre nosotros de una manera eterna el reinado del inquieto Mercurio, nada tiene de particular, toda vez que este mercachifle ladino, está acostumbrado á mentir y negociar todos los días inhumanamente, inconcienzadamente ó concienzadamente, y esto es lo peor; nada de particular tiene, repetimos, que un hombre de tales gracias, rascándose un día la caja craneana, afirme seriamente, gravemente, que la expoliación legalizada realizada por la clase mercantil sea la salvación de la Humanidad, constituya el avance, el progreso, el bienestar material de esa Humanidad tan llevada y traída por filósofos, barateros de la política, especuladores comerciales, curas á sueldo, coagulados todos para fomentar y mantener una funesta serie de «mentiras convencionales».

Pero lo intolerable, lo asqueroso, lo inaudito, es, para nosotros, el que un individuo entregado á estudios antropológicos, fisiológicos, históricos, literarios, filosóficos y demás, manifieste en las páginas de un libro, (1) producto de unos estudios científicos y de bastante resonancia en el mundo intelectual, que «el objetivo de la creación, es el desarrollo de la inteligencia, la supremacía del espíritu, y su condición especial es la libertad» y que «el peor estado social para ello es el teocrático» para descolgarse afirmando á seguida que «el mejor (se refiere á los estados sociales) es el republicano liberal, traiga los inconvenientes que se quiera—mesocracia, bancocracia, burocracia, parlamentarismo, etc.»—Asombra tanta memez en un cerebro que se tiene por privilegiado.

Sí, es verdad que la Ciencia tiene cogido el mundo por el eje, la gran alma cósmica le obedece al hombre científico y por lo mismo «puede mudar á voluntad los estados sociales y modificar la superficie del planeta» y á causa de este mismo poder destructor, reformador y creador que el individuo lleva en sí y que se temple al calor de nuevos conocimientos científicos, de igual modo que ha deshecho el feudalismo, la monarquía y la teocracia, derribará el imperio del dinero y el de la vulgaridad, pero no para proclamar una *república liberal* como modelo de un perfecto estado social, sino para pregonar el establecimiento de la Anarquía, suma de la liberación humana, compendio de derecho universal, abundosa fuente del saber y el bienestar, sólida é infalible garantía del libre y completo desarrollo de esa Creación que todavía pugna por constituir la supremacía del espíritu, porque aun no soplan para ella auras de libertad verdadera y natural, no de la codificada que nos suministran en iglesias, cátedras y congresos parlamentarios para escarnio del libertario espíritu que constituye la esencia de nuestro sér, aherrojado con leyes y religiones.

Verdad es que para el estudio y la propagación de las ciencias naturales, físicas ó as-

tronómicas, existe una libertad completa, y que nuestros mercachifles, curas y estadistas no quieren, ni podrían impunemente, quemar á ningún Servet ni á ningún Galileo, pero á cambio de esto, y sin duda por considerarlo de mayor peligro para el dulce y prolongado pacer de las clases acomodadas y directoras, se hace una terrible y sanguinaria persecución á la ciencia sociológica, porque así como antiguamente la Iglesia perseguía furiosamente á los innovadores científicos que amenazaban con sus descubrimientos la hegemonía secular científica de los católicos, actualmente, y en tiempos que se dicen civilizados, estos mismos católicos, ó sus herederos, agrupados á la Burguesía, á la Autoridad y á algún hombre de ciencia parda, sin perjuicio de lanzar gritos de libertad, fraguan y realizan la más encarnizada persecución á la moderna y equitativa sociología, porque ven en ella al bloque que ha de aplastarlos fatalmente tarde ó temprano.

Y afirmemos también, para escarnio de las instituciones sociales actuales, que entre los cultivadores, propagadores y adeptos de la doctrina altamente humana y justa, tan grande como buena, ha habido sus Servets y sus Galileos; ejemplo: el siniestro Montjuich, teatro de escenas propias, no de la Edad media, sino del más puro canibalismo...

Por eso es que cuando nos hallamos ante afirmaciones de cierta clase, sentimos revelada en nosotros la animalidad primitiva, y quisiéramos constituirnos en juzgadores y ejecutores de esos Servets y Galileos á la inversa...

LORENZO PAHISA

El Infierno

—Vamos á ver: ¿Qué es eso del infierno?

—Es un país subterráneo adonde el señor Dios envía las almas de los que mueren sin confesión.

—¿Y qué hacen las almas allí?

—Caen entre las garras de quinientos mil diablos que, durante toda la eternidad, las dan vueltas y más vueltas en un horno.

—¿Pero cómo puede en el fuego cocer un espíritu?

—Muy sencillo. ¡Es un fuego espiritual!!!

—Dicen que en todas partes está Dios.

—¿Está, pues, en el infierno?

—¡Claro!

—¿Y no se cuece?

—¿Ande y vaya usted á verlo!

—Calma, hombre. Dice usted que Dios está en el infierno. ¿Es que es un malo?

—Sí, el Dios de los curas lo es, y mucho.

—¿Por qué?

—Porque los mismos curas lo hicieron á su imagen y semejanza.

—Vayamos á otra cosa. ¿Hay muchos condenados?

—Muchísimos. Un teólogo, según tomaba café, tuvo el placer de contarlos: 500 millones de habitantes en la tierra, á tres generaciones por siglo, le daban en seis mil años, quitando unos tres mil sujetos que se han ganado el cielo, *noventa mil millones de condenados...*

—¡Oño! ¿Y dónde está el infierno?

—Antes estaba debajo del globo terrestre, como la etimología de la palabra lo indica.

—¿Los habitantes de los antípodas vivían, según eso, en el infierno?

—Sí, pero apenas se supo que estaban allí, se transportó el infierno á otra parte.

—¿A dónde?

—Al centro de la tierra donde está más cómodamente y sin molestar á nadie.

—¿Cuánto camino tienen nuestras almas de aquí al reino de Luzbel?

—Nada más que unas mil quinientas leguas ó sea un semidiámetro del globo.

—¿Quién tiene la llave de la mansión diabólica?

—Nuestro Santo Padre el papa.

—¿Puede arrancar almas de las uñas de los diablos?

(1) «Literaturas malsanas», de Pompeyo Gener.

—No. Esta facultad sólo la posee para las almas que están en el purgatorio.

—¿Y qué es eso del purgatorio?

—Es otro horno. Allí nuestras almas expían los pecadillos que les cierran las puertas del cielo.

—¿Se puede anticipar la fecha fijada para esta purificación?

—Sí, procurándose indulgencias en la cancillería romana.

—¿Que cosa son las indulgencias?

—Una rebaja que el Padre Santo hacía de quinientos ó seiscientos años de purgatorio, mediante una cantidad dada. Había una tarifa para cada grado de absolución, y la Corte de Roma sostenía en diversos Estados de Europa oficinas de indulgencias á todo precio.

—¿No se suelen decir misas por el descanso de las almas?

—Sí. Se libra un alma por dos pesetas cincuenta céntimos. Esto *descansa* mucho á los curas.

—¿Dónde está el purgatorio?

—En la frontera del infierno, no cabe duda. Antes se iba allí por un agujerote que San Patricio hizo abrir en Irlanda.

—¿Y por dónde diablos se entra al infierno?

—Por la abertura del Vesubio. Los italianos oyen cerca de este volcán todos los chillidos de los condenados y la horrible zaragata de los demonios que escupen por él plomo fundido, llamas sulfurosas, rocas calcinadas... y *vientos*.

—¿El dios de los curas habita esta mansión abominable?

—No. Ha dado el gobierno de ella al Diablo, que es su lugarteniente, y á oficiales subalternos.

—¿Quién es el Diablo?

—Es un monstruo negro con piel velluda, manos ganchudas, frente cornuda, pies horquilludos, y rabo al culo.

—¿En donde ha nacido este feo sujeto?

—En el cerebro estrecho de una devota que tenía calentura.

—¿No ejerce también el Diablo gran imperio sobre la tierra?

—Sí, pero va de capa caída. Es él quien en tiempos pasados nos enviaba cometas, pestes y el mal de impotencia; él servía de oráculo y celebraba «sabbat» en el fondo de los bosques; él operaba milagros como un santo, y aun daba el don de hacerlos á los brujos y á los fiscales de S. M.... Contra él sólo había el agua bendita y la señal de la cruz, aunque diz que hoy también da muy buen resultado el corte de mangas.

—¿Y desde cuándo perdió su crédito?

—Desde que los buenos argumentos invocados por la Revolución, y á los cuales no ha respondido el Diablo, probaron que los verdaderos diablos eran los bribones sagrados que engañan á los hombres.

Desigualdades

No es la naturaleza quien hace á los hombres desiguales, sino las malas condiciones sociales en que vivimos.

Aun aquellas diferencias que solemos llamar naturales, como las que se refieren á la mayor ó menor robustez, estatura, color, desarrollo intelectual, etc. son determinadas por el medio en que vivimos ó en que vivieron nuestros antepasados.

De unos padres mal alimentados nace un hijo raquítrico. ¿Es la naturaleza la culpable de esta inferioridad? No, sino las malas condiciones de vida á que los padres estuvieron sometidos.

Pero aceptando que estas desigualdades sean actualmente inevitables ¿se deduce que debemos perpetuarlas y aumentarlas? Al contrario, lo que debería hacerse en toda sociedad justa es compensar de momento estas

inferioridades y procurar que no se produzcan de nuevo en los seres humanos que han de venir.

Hacer de tales desigualdades un argumento contra los débiles, de modo que porque son débiles todavía hay que cargarles mayor peso, y que han de concederse ventajas á los que ya son más fuertes, es la injusticia llevada al colmo.

Pero en la división entre los hombres no es la desigualdad natural ó fisiológica la que se quiere mantener por medio de leyes injustas, sino la desigualdad social, esto es, la que procede de la posesión del dinero. No se quiere que sea superior el más robusto, sino el más rico, aunque sea raquítrico, aunque sea idiota.

Se quiere que existan dos clases de hombres, no diferenciados por la naturaleza, sino diferenciados por el capital. Los que poseen mucho dinero que sean privilegiados; los que no poseen que sean esclavos.

Este es el orgullo ridículo de las actuales aristocracias.

El becerro de oro, pisoteando al trabajo y á la inteligencia, este es el ídolo de la burguesía.

¿Por qué hemos de tolerar á ese ídolo? ¿Porque no le derribamos á estacazos?

Los trabajadores soportan que se les desprecie, que se les humille que se les tenga por inferiores.

Sin embargo, el ídolo es de barro y una violenta sacudida lo derribaría en mil pedazos. ¿Por qué no hacer ese esfuerzo? ¿Es que los hijos del pueblo, al oír que eran seres inferiores, se lo han creído?

ELECTRA

1.º de Mayo de 1906.

Ocho horas de trabajo.

El trabajo

Ah! ¡Cómo veo claramente destacarse á la ciudad de la justicia y de la dicha! Todos los habitantes trabajan, personal, obligatoria, libremente. La nación ya no es más que una sociedad de cooperación inmensa; los instrumentos de trabajo son de la propiedad de todos: los productos están centralizados en vastos depósitos generales. ¿Se ha efectuado tanto trabajo útil? Pues se tiene derecho á otro tanto de consumo social. La hora de trabajo es la común medida; un objeto no vale más que lo que importan las horas que costó fabricarlo; no hay más que un cambio entre todos los productores: el que se verificará por medio de los bonos del trabajo.

¡No más especulación, no más robos, no más tráficos abominables, no más esos crímenes que la codicia inventa: las jóvenes casadas por causa de su dote; los padres ancianos estrangulados por causa de su herencia; los transeuntes asesinados por causa de su bolsa!...

¡No más clases hostiles; patronos y obreros, proletarios y burgueses, y, por lo tanto, no más leyes restrictivas, tribunales y fuerza armada, protegiendo inicuo acaparamiento de los unos contra el hambre rabiosa de los otros!

¡No más ociosos de ningún género, y por lo mismo, no más propietarios sostenidos por el alquiler, ni rentistas sostenidos por el azar; no más lujo, en fin, ni miseria... ¡Ah! ¿No es la equidad ideal, la suprema sabiduría, que no haya privilegiados ni miserables, que cada uno consiga por su propio esfuerzo la felicidad, el término medio de la felicidad humana?

EMILIO ZOLA

¿Qué es una nación?

Pido que me ilustren.

Me esfuerzo por comprender lo que es una nación, lo que representa para mí el suelo de la Francia, que me importa la extensión de su territorio, y, debo confesarlo, desprovisto de todo cinismo como de falsa vergüenza, con absoluta sinceridad, no alcanzo á comprender.

Nací de padres franceses, en el territorio de Francia; debo hallarme en comunidad general de sentimientos con los habitantes de Francia, mis conciudadanos.

Abro los periódicos que gustan á la inmensa mayoría de los franceses, y veo que toda esa gente abraza á Déroulède, participa de su dicha y de su emoción, y esto me mueve á despreciar esa turba y no me causa más gozo que por lo ridículo del espectáculo.

Toda mi atención se dirige á los obreros rusos que, sin embargo, viven muy lejos de mí, en otro territorio, y forman parte de una nación muy diferente. Esto no me impide hallarme perfectamente de acuerdo con ellos respecto de las necesidades que manifiestan, ni notar en ellos una mentalidad muy próxima á la mía, ni darme cuenta de que estoy directamente interesado en el éxito de sus luchas.

Estas luchas se ven obligados á sostenerlas contra sus conciudadanos para obtener medios de vida en el suelo mismo de su país. No tienen enemigos más encarnizados que los hombres de su nación y su mayor desdicha consiste en persistir habitando en ella.

En fin, todos los países de Europa ofrecen el mismo espectáculo y veo que millones de europeos abandonan cada año el territorio de su país para ir á vivir en América, sin idea de volver.

Todas esas gentes, es verdad, son miserables; la necesidad de buscar cada día lo necesario para comer les hace ineptos para penetrarse de sentimientos más elevados y de ideas más generales.

Los que les hacen trabajar y que, por esto, tienen tiempo y medios de leer, de conversar y de pensar, van á mostrarme, probablemente, lo que constituye una nación. Son estos los industriales en relación constante de negocios con los de otras naciones y en competencia con los de su propio país. Se trata para ellos de saber si un negocio es ó no productivo, las otras consideraciones les hacen reír de lástima. Así pues, vemos en la guerra del Transvaal á los boers abastecidos de armas por industriales ingleses, y muchos ejemplos semejantes.

En cuanto á lo que resta de la aristocracia nobiliaria, se disuelve deliciosamente en brazos de las hijas de los comerciantes de cerdos americanos. Se sabe, por otra parte, que la ciencia, la literatura y el arte no reconocen fronteras.

¿Qué es, pues, una nación?

MICHEL PETIT

La guerra suspende las reglas de la obligación moral y lo que está mucho tiempo en suspenso corre el riesgo de ser totalmente abolido.

BURKE

Colocad juntos todos los vicios de todas las edades y de todos los lugares y jamás llegarán al número de los males y enormidades de una sola campaña.

VOLTAIRE

El progreso y el cambio en los periodos históricos se operan en razón del progreso de las mujeres hacia la libertad, y las decadencias se cumplen en razón de la disminución de la libertad de las mujeres.

FOURIER

Libros populares

Otras dos importantísimas obras acaba de publicar la Casa Editorial F. Sempere y Compañía, de Valencia.

Discantes y Contrapuntos, por Rafael Mitjana, ilustrado crítico residente en Stokolmo. Forman la obra concienzudas críticas sobre el arte antiguo italiano y la música moderna, sobresaliendo un extenso y bien documentado trabajo sobre *Don Juan* en la música, donde se habla de todas las creaciones musicales y literarias que se han hecho del célebre Burlador, con curiosos datos que el autor ha recopilado en archivos y bibliotecas. Añádase á esto unos interesantes estudios sobre varios músicos célebres, y se tendrá una idea de tan importante libro, que une á la amenidad de la materia, el ser una excelente obra instructiva.

Psicología del socialista-anarquista, del distinguido publicista A. Hamon, uno de los más denodados campeones de la escuela determinista francesa. El autor ensaya en esta obra un nuevo método para definir la característica del socialista-anarquista, infiltrando el convencimiento, como en todos sus escritos, por la admirable lógica de que se halla provista su argumentación. El alma colectiva del socialista-anarquista está perfectamente analizada y los juicios que emite son los de un hombre de ciencia despojado de todo sectarismo.

Estos dos volúmenes llevan en las cubiertas los retratos de los autores y se venden al precio de una peseta.

De Crevillente

Los neos de aquí son como los de todas partes; para ellos, la instrucción es un delito que condenan sin piedad, quieren ser siempre los privilegiados, quieren imperar, quieren que perdure la ignorancia y en manera alguna desean que el pueblo se instruya; así continuarán siempre siendo los fuertes protegidos por los jesuitas, los Mauras, Nosedales, Comillas, Polaviejas y demás gente que se considera superior á sus semejantes.

Suerte que ya el pueblo les va conociendo y no fía en sus palabras ni en sus hechos, contrarios á todo lo que tiende á progresar.

Los neos de esta población ven que los alumnos que asisten al colegio laico inaugurado hace tres meses, van adelantando en la instrucción como ellos no quisieran, pues en tan poco tiempo se han celebrado unos exámenes que han resultado brillantísimos. Al principio, solamente se dedicaban á propalar en casas particulares, tiendas y centros de recreo el poco éxito que alcanzaría, debido á que una escuela sin Dios, como la llaman, no podría tener vida; pero á medida que los padres iban observando las ventajas que obtienen en la instrucción de sus hijos, la matrícula aumentaba, con gran disgusto por parte de los clericales, quienes emprendieron una enérgica campaña, amenazando á los obreros con dejarles sin trabajo, si continuaban mandando á sus hijos al colegio laico.

Dicho se está que en los actuales tiempos en que el hambre se enseorea por todas partes, los obreros que viven del trabajo que les proporcionan los que vinieron al mundo desnudos y sin fincas á cuestas y hoy las tienen, ante el temor de quedarse sin pan, han obedecido las órdenes de los señores. Por tal motivo las bajas, aunque no han sido muchas, son de lamentar.

Esto por una parte; por otra, se han valido de otro recurso: en vista de que el colegio laico no se cierra, han procurado avistarse con uno de los propietarios del edificio donde está el colegio, quien sin titubear ha tenido la desfachatez de pedir un aumento de 25 pesetas mensuales de alquiler y un año adelantado; es decir, en vez de pagar como hasta la fecha 20 pesetas mensuales, exige 45, amenazando con tirar á la calle el

Círculo Republicano y el colegio si no se le abona una anualidad.

Así obran los clericales de esta población, quienes no quieren en manera alguna que la juventud se instruya ni emancipe.

¡Y se llaman cristianos y creen en un cielo que desean alcanzar en la otra vida! ¡Infames! Así obran los que no tienen conciencia.

Un pueblo sin instrucción es un pueblo esclavo y la iglesia no quiere que nadie se instruya.

ACRACIO

ECOS Y COMENTARIOS

El día 22 de Enero, primer aniversario del sangriento *domingo rojo* en Rusia, editará *Tierra y Libertad* un número extraordinario, que será repartido profusamente por todas partes. Dicho número publicará trabajos sobre la Revolución en Rusia, necesidad de la huelga general en 1.º de Mayo próximo y un poco de historia de lo que fué el 1.º de Mayo de 1886 en Chicago.

Del mismo periódico hemos recibido una circular en que se expone la difícil situación económica por qué atraviesa, gracias á las persecuciones gubernamentales y al descuido de muchos compañeros. Si éstos no realizan un esfuerzo, es de temer que el mismo extraordinario sea el último número que publique nuestro apreciable colega.

**

Los médicos que practicaron la autopsia al cadáver de José Sala, muerto en la cárcel de Barcelona, no pudieron hallar vestigios de la estrignina con que se dijo que se había envenenado.

Lo del envenenamiento ha sido una invención, con el fin de ocultar algo, porque una mentira no se inventa sin algún propósito.

Ahora bien, ¿de qué ha muerto José Sala en la cárcel de Barcelona? No creemos que intenten averiguarlo las autoridades, porque las autoridades no están para castigar á sus agentes, sino para protegerles, cuando no para azuzarles.

La voz pública dice con claridad de qué ha muerto José Sala en la cárcel de Barcelona. Nosotros no lo diremos porque no nos haría gracia que los tribunales, en vez de inquirir las causas de la muerte de José Sala, nos procesasen á nosotros por haber dicho en letras de molde lo que particularmente dice todo el mundo.

**

Los compañeros de Sau Feliu de Guixols han emprendido la publicación de un valiente semanario cuyo título es *El Proletario*.

Dirección: Era, 43.—San Feliu de Guixols (Barcelona).

**

A los compañeros que tenían pedidos ejemplares del *Justo Vives* á Enrique Taboada, de La Coruña, se les avisa que éste se ha marchado con rumbo á América, quedando en descubierto.

**

El compañero Blázquez de Pedro, residente en Béjar (Salamanca) desea saber el paradero del también compañero José Molina Moreno, que residió últimamente en Cartagena.

Desea recibir igualmente los retratos auténticos de Ravachol, Vaillant, Henry, Pa-

llás, Salvador, Bresci, Caserio, Angiolillo, Luchenni, Czolgos, señorita Froumkina, Artal, Salvochea y los fusilados en Montjuich, para fines que hará públicos por la prensa.

Estimará mucho su envío á quienes puedan facilitárselos, y abonará por ellos, en último caso, lo que sea justo.

(Se desea la reproducción de lo concierne á los retratos en la prensa anarquista de todo el mundo.)

Nos comunica la comisión administrativa de la «Escuela Libre del barrio 15» que el resultado de la Tómbola últimamente celebrada ha sido de 2.282'75 pesetas de beneficio líquido, á cuya cantidad hay que añadir un donativo de 5 pesetas de D. José Seguí y otro de 10 pesetas de D. Jerónimo Pou.

Las cuentas detalladas están de manifiesto en el local de la Escuela.

Nuestro colaborador José de Prada (*Pepe Verdades*) preso en la cárcel de esta ciudad, ha publicado un folleto titulado *Pro Causa...!*, poema leído en la velada literaria que se celebró el 29 de Octubre de 1905 en Ciudadela.

Precio del ejemplar: 15 céntimos.

Puede adquirirse en esta Administración y en las librerías y Centros Republicanos de esta isla.

FOLLETOS DE PROPAGANDA que pueden adquirirse en esta Administración

	Cts.
«El Estado», por Pedro Kropotkine	25
«Entre Campesinos», por Enrique Malatesta	15
«Ser ó no ser», por José Prat	10
«Patriotismo y Cosmopolitismo», por Ph. Jamin	10
«Los Crímenes de Dios», por J. Prat	15
«Orígenes de la Religión y de la Moral», por Eliseo Reclus	15
«Aclaraciones», por J. Sanjurjo	10
«Trabajador no votes, Soldado no mates», por E. Girault	15
«Generación Libre», por Leopoldo Bonafulla	10
«La preparación del porvenir», por Juan Grave	10
«Víctimas y preocupaciones», por Pascual Peura	15
«Canciones libertarias»	10
«A las mujeres», por José Prat	15

CORRESPONDENCIA

Cádiz.—F. A. B. Enviamos libros. Escribimos.
Pontevedra.—A. M. Servimos dos suscripciones. Enviamos folletos.
Sestao.—F. P. Recibidos sellos. Servimos suscripción.
Sama.—M. S. Anotamos como dices. De Mieres, deben hasta fin de año 65 céntimos, descontada la peseta. A tu cuenta hay 1'85 pesetas que quedaron de folletos, y del periódico 5'45 pesetas, contando hasta fin de año. Servimos 50 ejemplares desde el número 234. De atrasados no hay.
Almatret.—P. F. Servimos suscripción. Recibido una peseta por medio de *El Productor*.
Denia.—J. P. V. Escribiremos.
Tenerife.—«Salud y Progreso». Recibido 10'80 pesetas. Pagado hasta el número 230, como decís.
Ciudadela.—A. T. Conforme con lo que dices. Escribiré.
Sama.—M. S. Recibido dos pesetas, además de las ya anotadas, por medio de *El Productor*.

Imp. de «El Porvenir del Obrero», Castillo, 170.